

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director: D. PEDRO ROMERO MENDOZA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
América a la vista	3	<i>Emilio Martín de Cáceres.</i>
Ideario Extremeño	8	<i>Juan Donoso Cortés.</i>
Nuestros clásicos: El canto del cosaco	9	<i>José de Espronceda.</i>
Recuerdos: Bajo la nieve.....	13	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.</i>
Pensamientos	16	<i>Michel'Angelo, Nietz-che, Vives, La Rochefoucauld, Balzac, Madame Stern, Montaigne, Chateaubriand y Leopardi</i>
Jóvenes arcángeles.....	17	<i>José Canal.</i>
Austeridad y penitencia: San Pedro de Alcántara (Isañoze).....	19	<i>Juan Antonio Muñoz Gallardo.</i>
Santuario de la Hispanidad.....	32	<i>Fray Antonio Corredor, O.F.M.</i>
Páginas infantiles: Achú (El silencioso)	35	<i>Eladia Montesino.</i>
Acorde lírico	41	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Llamas de capuchina.....	42	<i>José Canal.</i>
Hombre.....	43	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Poema	44	<i>Joaquín Lobato.</i>
El misterio de la Inmaculada.....	45	<i>Marcelino González-Haba.</i>
Sonetos del amor humano: Ausencia	49	<i>M. Cepeda Gil.</i>
El muerto entero.....	50	<i>Jesús Tomé, C. F. M.</i>
Alta Extremadura: Valores turísticos.....	51	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Una gota de otoño.....	56	<i>Manuel Pacheco.</i>
Páginas antológicas: Cinagética.....	57	<i>Rc.n.én D. del Corral y Cerón.</i>
Libros. Versos. Corazón: «En el Alcázar de la Reina».....	61	<i>Vicente González Ramos.</i>
A mi poeta	67	<i>Santos Nicolás Rodríguez.</i>
Versos jocosos: El cesto de los papeles..	69	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
¿Motivos?	70	<i>Rufino Saul.</i>
Crítica sin hiel.....	71	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Mirador: Crónica	73	<i>Julio Cendal Peñalver.</i>
Recensiones.....	75	<i>Marcelino González Haba.</i>
Noticia de Revistas	79	<i>Equis.</i>
Libros recibidos	80	
Láminas.....		

Nuestros artistas: «*Muchacha de Montehermoso*», de Eulogio Blasco. Fotos de Arribas, Garrabella, Helioptia Artística Española.



ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Año XXII

ENERO-FEBRERO-MARZO 1968

Núm. 150

América a la vista

AFAN MARINERO PENINSULAR.



DESDE el farallón, rezumante de historia y de lusitanismo, de la legendaria punta de Sagres, los alcotanes de Don Enrique el Navegante tienden el vuelo con el rojo trazo de la Cruz de Cristo en sus velas. Periplo tras periplo estos ágiles e infatigables alcotanes han ido descifnando los velos que ocultaban el torso del Africa ecuatorial. Singladura tras singladura, en lucha con el misterio del mar Tenebroso, se han ido reflejando en los portulanos de los cartógrafos —Martín de Behaim, Juan de la Cosa— la clara luminosidad de las exóticas ense-nadas, el torvo trazo de los acantilados, las suaves líneas de las playas bajas, el alfange corvo, azul y profundo, de los golfos y el perfil abrupto de los promontorios que parecen marcar un *finis terrae*. Día a día, del bello islario lujuriente y tropical que festonea el continente africano, han ido perfilándose las siluetas de Cabo Verde, Fernando Poo, Príncipe, Santo Tomé, Socotora...

En la lucha ha estado sólo el hombre frente a los elementos, frente a los genios de las leyendas tenebrosas que hacían desaparecer en el vórtice del *maelstrom* oceánico —agotados por el cansancio y la desesperación— los pájaros marinos, rotas las alas por la larga travesía y por los vientos contrarios.

Por los médanos de las playas bajas, por los cimeros cantiles, las doradas bahías y los altos promontorios que hacen señales al Misterio en la niebla, se han ido diseminando las piedras graníticas de los padrones lusos con las cinco quinas y los siete castillos torreados que las circundan.

Y un día el milagro. Cabo Bojador, Cabo Verde, Cabo de las Tormentas, han visto la altanera línea de los ligeros y alados *bari-neles* portugueses, tensas las velas por un viento de gloria, llevando su mensaje rumbo a las Indias, a Goa, a Calcuta. Y los han visto tornar henchidos de todas las aromáticas especierías orientales, de los diamantes de Goa, de las esmeraldas de Golconda, de los claros zafiros de Ormuz.

1492.

Por las rutas de España, en un tejer y destejer de caminos, ha cruzado la sombra de un extraño viandante. ¿Judío galaico-portugués? ¿Italiano de Génova? No importa su origen. Frailecitos andaluces le han insuflado esperanza y optimismo. Nobles castellanos le han servido de introductores en la Corte. Este judío galaico-portugués, este italiano de la marinera Génova, ha residido en las Madeiras portuguesas al amparo de la sombra tutelar de la Cruz de Aviz. Ha tenido comunicaciones misteriosas. Ha recibido noticias de algo insólito e inaudible. Desde Génova un cartógrafo —del Pozzo Toscanelli— le ha insinuado la sospecha de la esfericidad de la tierra. Hay en el ambiente augurios promisorios y fabulosas leyendas sobre Catay y el Preste Juan de las Indias. Las naves portuguesas continúan arañando con sus quillas las rutas oceánicas y un perfume enervador, estimulante, trasciende de las lejanías del mar Tenebroso. Hay vagas señales de cosas milagrosas. Vuelan en el aire presencias, adivinaciones. Se susurra que, siglos atrás, los vikingos de Erik el Rojo, en expediciones piráticas y en sus barcos de cuero, atracaron a bahías de tierras incógnitas. Todo tiene un intenso aroma de leyenda.

Las sirenas de ultramar cantan su canción exótica por tierras de Castilla. Primero tenue, cautamente. Y, después, en un crescendo ascensional, hasta prorrumpir en un vasto rumor polifónico. La fina caracola del oído de una Reina castellana recoge estos mensajes. Y el ensueño va prendiendo en los espíritus. Reuniones de teólogos. Consultas a tesoreros reales. Búsqueda de mareantes: Huelva en primer plano con sus Pinzones, bronca gente marinera a la que tam-



NUESTROS ARTISTAS. — «Muchacha de Montehermoso»,
por Eulogio Blasco.

bién han llegado insinuaciones de la existencia de tierras ignotas. Los nautas onubenses, fronterizos de Portugal, fraternos camaradas de los audaces lusitanos, están contagiados de su afán marinero y descubridor. Llega a ellos el aire transido de largas navegaciones oceánicas por arrecifes de coral y de basalto, por islarios madreporicos coronados por el abanico esmeralda de las palmeras. Toda esta brava gente marinera espera una señal, una invitación. Sus naves de esbeltas proas y finos perfiles limpian sus fondos, desprenden la corteza de algas y se preparan para una anunciación de nuevos destinos.

PORTUGAL Y CASTILLA.

¿Es Portugal? ¿Es Castilla y Aragón? Es la tierra a la que Roma bautizó con la clara y eufónica denominación de Hispania. Es el hombre peninsular que, unido en apretada fusión y, después, escindido por peculiaridades vernáculas, hizo de Hispania un semillero de nacionalidades. El Destino las une en una aspiración unánime: dar anchura al mundo, extender sus confines por Occidente después de imponer su impronta en el Oriente próximo. Es el alma peninsular, ganada por la altura de su destino, haciendo saltar en pedazos la armadura estrecha de sus contornos para dar a la tierra su perfil puro y exacto, su cenit y su nadir y la auténtica certidumbre de las antípodas. No es la vela mercante fenicia, ni la vela guerrera cartaginesa ni la vela pirata del berberisco. Es la vela tensa, con la Cruz de Cristo, a la que empuja un viento ecuménico.

¿Castilla? ¿Portugal? Era Hispania, en sus dos pueblos peninsulares la que asumió el rol de protagonista, la única preparada para la singular misión. Inglaterra dormía aún en el regazo de la Historia y, Holanda estaba integrada en los Países Bajos y por sus médanos y sus landas, húmedas y bajas, resonaba el eco de los pífanos y tambores españoles y por sus paisajes plomizos tendía el vuelo el águila bicéfala de los Austrias.

Nombres españoles, nombres lusitanos, nombres peninsulares más acá y más allá de la línea trazada, con candor angélico, por el Borgia del toro heráldico, rectificadas después en Tordesillas (divisoria abstracta por la que, el mundo ignoto, se distribuía entre las dos coronas peninsulares). Europa yacía en el regazo del Tiempo cuando los alcotanes y aguiluchos hispanos ponían sus plantas en las antípodas, creaban civilización en la anchura de los llanos del Plata, en las espesas y profundas selvas vírgenes y en las altiplanicies de Bolivia, Chile y Perú, y superaban el dorso de la cordillera andina y

descubrieron el mar del Sur, en un deslumbramiento de gloria, para la corona de España.

Desde el meridiano de California y de la Florida, en el trópico de Cáncer, hasta el cabo de Hornos, en los mares árticos, pasando por el del Ecuador y el del Trópico de Capricornio, el idioma español en la proa de sus carabelas, en la punta de las lanzas y en la cruz de los misioneros, difundía toda su potencialidad creadora y su eficacia de fermento y aglutinante.

El idioma de Castilla, como una dádiva de Dios, iba cuajando en los labios de los aborígenes con su fonética suasoria e imperial. Cuatrocientas lenguas indígenas rendían sus banderas ante el pendón morado de Castilla. Nuestra heráldica —leones, castillos, barras aragonesas, flechas y yugos de Isabel y Fernando, creación éstos de Nebrija, el gramático— volaba en el aire matinal y recién creado de los mares y de las selvas americanas.

Nombres hispanos —españoles y portugueses— integran la toponimia sudamericana, testimonios seculares de la potencia fundacional de la península. Bahías, ensenadas, golfos, cabos, corrientes fluviales, mares, istmos, miríadas de islas, estrechos, penínsulas, ciudades y agrupaciones humanas, llevan sobre sus lomos la impronta de un nombre hispano. Y llega hasta las constelaciones del otro hemisferio la canción que asciende, en un coral polifónico, articuladas en el *román paladino* de Castilla y en el dulce idioma galaico-portugués.

EL VIGIA EN LA COFA.

No está el peligro en el ancho mar, ni en el abordaje de las naves del país de los Tulipanes, ni en la flota corsaria de Elizabeth Tudor con sus capitanes de aventura: Sir Francis Drake, Jhon Hawkins y Raleigh. Ni en las bases navales de Jamaica, las Barbadas, Curaçao y Tobago, en las grandes y pequeñas Antillas. Ni en la asechanza de los filibusteros: Graffe, Morgan y Godefroi, y de los bucaneros con sus mastines del mar en sus refugios de Puerto Cabello, Maracaibo, Puerto Limón, Tortuga, Trinidad, y en cien canales impracticables en el laberinto de los archipiélagos, sembrando el terror en las poblaciones costeras con su marinería ducha en el estupro, el saqueo y el incendio.

No es hoy la Inglaterra de Elizabeth Tudor que madrigaliza con Essex, intriga con sir Francis Bacon y alumbra en Shakespeare el horror de Macbeth y la perfidia de Yago.

A sotavento y a barlovento surge el peligro. De todos los cuadrantes de la rosa de los vientos llegan presagios y augurios sobre la unidad de la América hispana, de la España americana.

No está hoy el peligro en el pretenso latinismo en el que lanza su clarín agudo el gallo de Francia y pone su nota grave la loba de Rómulo —Francia e Italia tratando de insertarse en la misión palingénica privativa de España— y, al que olvidados de su raigambre hispánica, española y portuguesa, hicieron el juego intelectuales de los meridianos culturales de Madrid, Lisboa, Buenos Aires, Méjico y Río de Janeiro.

El peligro cierto, indubitable, se polariza en los Estados Unidos de América. Su monroísmo absorbente no fue de aplicación a posesiones francesas, británicas y holandesas —las Guayanas, Jamaica, Islas Malvinas, Belice—, y se contrajo, exclusivamente, a posesiones españolas, o de ascendencia hispánica, con ayuda en armas y dólares a los separatistas de nuestras provincias de ultramar.

No importa que, cauta y previsoramente, Washington no ejercite, actualmente, el método del desmembramiento territorial —Tejas, Arizona—. Los fusileros yankees saben (Santo Domingo, Nicaragua) paralizar los movimientos de carácter nacionalista, quebrantar desobediencias de caudillos, obligar al pago compulsivo de deudas, monopolizar, a través de sociedades anónimas —United Fruit Company y Banana Distributor Company—, la producción de frutos tropicales, imponer puertos francos en los ingenios azucareros cubanos, vinculados al dólar americano, dictar pactos a los Bryand-Chamorro, enmiendas a lo Platt y, a pretexto de arrendamientos por noventa y nueve años, establecer bases navales (la bahía de Nipe en Guantánamo).

La diplomacia yankee —diplomacia del dólar— sabe maniobrar con la indolencia, la codicia y la megalomanía del criollo de los trópicos, tornar propicio un clima político promoviendo revoluciones financiadas por Wall Street y secretamente controladas por el Kellogg de turno. Y, utilizar, en el exacto y justo momento psicológico, la gran escenografía de las conferencias panamericanas. Manejar los hilos del retablo político suramericano con gobiernos títeres —Santo Domingo, Puerto Rico, Panamá—, y poner en pie de guerra un continente en contingencias históricas que no afectan, sustancialmente, a su hemisferio. Sabe agitar el mito del monroísmo, a la medida de su codicia, y avanzar sus fronteras hasta las aguas jurisdiccionales asiáticas o africanas.

En 1492 el vigía, en lo alto de la cofa de una de nuestras carabe-

las descubridoras lanzaba el grito ¡tierra! en un *fiat* creador, e incorporaba a los cartularios de la época, en una tarea incesante y exhaustiva, tierras incógnitas y trazaba rumbos inéditos en la rosa de los vientos. Con sus descubrimientos geográficos España ensanchaba las dimensiones de las ciencias niñas: Cosmografía, Etnografía, Geología; dotaba al mundo de su perfil puro y exacto y destruía el sistema de Ptolomeo, haciendo realidad las teorías de Copérnico, Kepler y Galileo.

Cuatrocientos setenta y cinco años nos separan, en el tiempo, de la madrugada histórica en la que zarparon del puerto de Palos de Moguer «La Pinta», «La Niña» y «La Santa María».

Veinte naciones con solera hispánica pueden ser vencidas por el cerco norteamericano. La España de hoy, como el vigía de 1492, debe gritar su «tierra» ante este mundo a la deriva, lanzando sus mejores hombres, en un impulso incontrastable, a la conquista espiritual de un imperio cuyo advenimiento, en el tiempo y en el espacio, se produjo por virtud de nuestra vitalidad creadora.

* * *

En algún recóndito rincón de América ¿Brasil? ¿Argentina? se está fraguando la raza cósmica —profetizada por el indomejicano Vasconcelos— que empuñará un día el timón del mundo para mayor gloria de la raza hispana.

EMILIO MARTIN DE CACERES

Ideario extremeño

Si la misión de la civilización romana fue destruir la omnipotencia doméstica, la misión de la civilización moderna es destruir la omnipotencia social en donde quiera que la encuentre. Si la misión de la civilización romana fue emancipar a la familia, la misión de la civilización moderna es emancipar a las naciones.

JUAN DONOSO CORTES

NUESTROS CLÁSICOS

EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los piés
no vuelve á nacer yerba.

Palabras de Atila.

CORO

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín:
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.

¡Hurra! ¡á caballo, hijos de la niebla!
suelta la rienda, a combatir volad:
¿veis esas tierras fértiles? las puebla
gente opulenta, afeminada ya.

Casas, palacios, campos y jardines,
todo es hermoso y refulgente allí:
son sus hembras celestes serafines,
su sol alumbrá un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros sean su oro y sus placeres,
gocemos de ese campo y ese sol;
son sus soldados menos que mujeres
sus reyes viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro,
vedlos cobardes lágrimas verter...